

La Sierra Nevada de Eliseo Reclus

Carlos Enrique Lozano G.

Obra escrita con el apoyo de



A bordo de 'El narciso'

Vos sos Eliseo Reclus y tenés 25 años y viajás a bordo de un barco de 24 toneladas llamado 'El narciso' (aunque decirle barco a este cascarón herrumbrado es descabellado), y tenés los pies contra el borde de la boca de la escotilla, la espalda apoyada contra el bordaje y el brazo pasado alrededor de un cable, tratando de formar un solo cuerpo, por así decirlo, con la embarcación, intentando permanecer inmóvil como un tronco amarrado en el puente. Venís de Aspinwall-Colón, en Panamá, y te dirigís a Cartagena, ciudad que antiguamente recibía con orgullo el nombre de Reina de las Indias y que ahora, en 1855, se encuentra en la ruina y no amerita el antiguo apelativo ilustre pues ya ni es reina ni de real tiene nada y ni siquiera los dientes con que espantaba a ingleses y piratas –y decir ingleses y piratas en algunas partes del Caribe era decir lo mismo–, ni siquiera aquellos cañones orondos que amenazaban al tibio mar, desde sus nichos en las murallas, existen hoy, pues fueron vendidos a un industrial yanqui por la aparatosa suma de 120000 pesos, y te dirigís a la ciudad amurallada no para quedarte allí, te dirigís a la ciudad heroica no para habitarla sino porque es paso obligado hacia tu destino, hacia la montaña que te llama en la distancia, hacia la Sierra Nevada de Santa Marta cuya primera noticia te la dio Humboldt –la lectura de Humboldt– y entonces quedaste prendado de aquella prominencia lejana donde es posible encontrar todos los climas de la tierra, basta con subir y bajar por sus laderas, desde el mar tropical hasta las nieves perpetuas, allí –estás seguro de aquello– allí es posible realizar aquel primer proyecto de tu vida, aquel primer gran proyecto que habrá de inflarte el pecho de emoción, no sólo de orgullo sino de felicidad, porque tu colonia agrícola en la Sierra será tu modesta pero firme contribución al único futuro posible de la humanidad, aquel que no esperarás ver en vida y que quizá tampoco será visto por tus hijos, aquel futuro

de claridad y esperanza en el que de seguro habitarán tus nietos: la República Socialista Mundial.

Cerrarás los ojos, complacido, sonriente, viendo ya las terrazas atestadas de cultivos, de cacao, café, yuca y plátano, cerrarás los ojos y dejarás que el aliento cálido del Caribe te cruce el rostro, pensarás ya en los detalles, ¿cómo intercalar las plantaciones para lograr el mayor rendimiento de la tierra?, ¿cuántas familias serán necesarias para acompañarte en tu colonia?, ¿cómo habrá de educarse a los hijos de aquella hermandad de hombres libres? Cerrarás los ojos y comprenderás la magnitud de aquella sierra nevada, la complejidad geológica de aquella montaña, la imponente de aquel macizo terráqueo, y te felicitarás por haberla escogido como tu destino, no podía ser modesto el lugar de tu aventura, no podía ser moderada la naturaleza a conquistar, porque el futuro que amerita la humanidad sólo se logrará a través de esfuerzos descomunales, porque sólo dando batallas ciclópeas habrá de entrar el hombre al olimpo de la hermandad universal, y porque PARA UN ESTADO SOCIAL NUEVO ES NECESARIO UN CONTINENTE VIRGEN.

Quizá sí, pero la pregunta es, Eliseo, ¿vas acaso hacia un continente virgen? Y otra pregunta, es: ¿cambiarás de opinión dentro de dos años cuando todo se desmorone y estés al borde de la muerte?, ¿habrá algo en la amargura de los acontecimientos que te haga pensar de nuevo la noción de que PARA UN ESTADO SOCIAL NUEVO ES NECESARIO UN CONTINENTE VIRGEN?, ¿o estarás aún más convencido de aquello y seguirás el curso que te ha llevado en tu juventud a irte a lugares cada vez menos desarrollados y quizá por eso más vírgenes? Porque después de tu exilio voluntario en Londres, después de haber abandonado tu Francia natal, decidiste también partir hacia

Irlanda, confín de Europa, rincón nebuloso de la cultura occidental, y de allí a Luisiana, para ser testigo de excepción de la barbarie esclavista, del imperio del capital que todo lo infiltra, y de allí, finalmente, tras una escala fugaz en Panamá, en la inmundicia de Aspinwall-Colón y sus pantanos putrefactos, hacia la costa caribe de la Nueva Granada donde habrá de resplandecer gracias a vos –porque vos habrás de encenderlo–, donde habrá de brillar con fuego inextinguible el primer destello en aquellas soledades, del futuro de la humanidad, del futuro de hermandad y libertad que llegará con la República Socialista Mundial.

Y ahora abrí los ojos y ¿qué ves? Abrí los ojos, Reclus, ¿y qué ves? Ves al fondo la vegetación baja y confusa de una de las tantas y pintorescas islas del Archipiélago de las Mulatas –como si a la superficie del mar le hubiese salido un hongo verde y desigual– y más acá, ya en la cubierta de ‘El narciso’, ves al grumete perezoso, contraído en una posición inverosímil, durmiendo sin sobresaltos; saltándolo, yendo y viniendo ágilmente, el marinero se ocupa de hacer navegar aquella embarcación, aquella morralla marina; atrás el capitán ocupa su lugar, con un ojo fijo en el agua, en la proa, en las velas, y el otro fijo en vos, investigándote con saña, cosa que te parece más pintoresca que peligrosa; y por encima de todos, más allá del encono y la desidia, ves al propietario del barco, quien responde indiferentemente a los nombres de Don Jorge, Juan o Juan Jacobo, UN NEGRO HERCÚLEO DE FISONOMÍA LLENA Y PLACENTERA, DE UNA DULZURA INEFABLE; FLOTA DE OLA EN OLA, DE TIERRA EN TIERRA COMO UN ALCIÓN, HABLA IGUALMENTE MAL TODOS LOS PATUÁS DE LOS PUEBLOS ESTABLECIDOS ALREDEDOR DEL MAR CARIBE, y entonces cerrás los ojos de

nuevo y quisieras ya, sin más demoras, estar entrando en la ciudad amurallada, con tu mirada azul y tu barba juvenil.

Cartagena de Indias

Vos sos Eliseo Reclús y tenés 25 años y vas parado sobre la cubierta de ‘El narciso’ cuando dobla la punta oriental de Tierra Bomba, sobre la cual se hallan las cabañas de Loro, habitadas únicamente por leprosos, y mirás el paisaje con avidez y tratás de engullirlo todo con la mirada y desde ya establecés conjeturas, imaginás paralelos, pensás cómo describir esta exuberancia tropical a tu querido hermano Elías, buscás cómo explicar la emoción que te agita. Llevás dos semanas de navegación desde que saliste del puerto panameño –si se le puede llamar navegación a aquello que realiza esta embarcación–, y ahora aparece allí Cartagena de Indias, magníficamente sentada en las islas, que por un lado miran a alta mar y por el otro al conjunto de las lagunas interiores que forman el puerto, y tu sonrisa encara al continente y ya te ves como una pieza importante de esa comunidad de hombres que habitan estas costas, y parpadeás, pasás saliva y observás atento dos grandes iglesias cuyas naves y campanarios son mucho más elevados que el resto de la ciudad, y se miran una a otra, como dos leones echados, y la larga línea de murallas se extiende, hasta perderse de vista, alrededor del puerto y sobre las riberas del mar.

Has llegado, Eliseo. Has llegado y de cerca la escena cambia.

LAS PLANTAS PARÁSITAS CUBREN LAS MURALLAS, ALGUNOS RESTOS DE EMBARCACIONES SE PUDREN EN LA PLAYA DEL PUERTO EN EL CUAL FLOTA UNA QUE OTRA GOLETA; A TRAVÉS DE LOS GRANDES EDIFICIOS, CUYOS TECHOS SE HAN DESFONDADO, SE ALCANZAN A VER LAS NUBES O EL AZUL DEL CIELO.

Te parece que el conjunto de esta ciudad medio arruinada forma un cuadro admirable y doloroso a la vez y no podés menos que experimentar un sentimiento profundo de abatimiento al contemplar esos tristes restos de un esplendor pasado. Y después de bajar de la cubierta a la lancha, tras algunos golpes de remo del capitán, llegan a la muralla y descendés a tierra firme y entrás –triumfalmente quisieras pensarlo– a la ciudad, por una poterna abierta en la roca misma, y te disponés a aspirar, con toda la potencia de tus 25 años, la primera inhalación de aire en el continente cuando la escena que se desarrolla frente a vos te congela el aliento. Allí, en frente tuyo, a algunos metros nada más, en una plaza rodeada de casas ennegrecidas y de elevadas arcadas, dos hombres de cabellos lisos, de mirada feroz, de tez de color indeciso, se agarran de los jirones de sus vestiduras, vociferando con sus machetes desenvainados, los metales brillando bajo el sol del mediodía, en alto, ominosos y rotundos, los duelistas procuran abrir con ellos la carne de su adversario, se lanzan sablazos con alevosía, rodeados por una multitud ebria y sucia en la que algunos gritan con furor: “¡Mátalo! ¡Mátalo!”. El escándalo de las hojas al chocarse te destempla los dientes y te hace contraer los músculos faciales en un rictus de espanto. Tu corazón, tras una pausa inicial, ahora cabalga desbocado, y no entendés nada y lo único que podés hacer es quedarte allí, con tu espalda contra el muro, mientras ves pasar ese torbellino de hombres que forcejea, por encima del cual se levantan sucesivamente las hojas

refulgentes de los aceros, y desear que en su tránsito atronador la turba no te arrastre, y aunque quisieras cerrar los ojos no lo hacés –por prudencia y miedo, sí, por algo del espíritu científico y de observación que siempre te ha animado, también, pero además hay otra razón, una más profunda e incontestable: porque nunca has visto un asesinato y eso hechiza (desde tiempos de Caín diría tu padre el pastor)– y mantenés los ojos bien abiertos esperando el golpe final que nunca llega y cuando la multitud se dispersa y tu voz, como llegada de un largo viaje, logra preguntar el motivo de la riña, te responden: “¡son las fiestas!”.

Te dirigís como mejor podés a la Fonda de Calamar, donde habrás de pernoctar, dejás tu equipaje, evitás ser descortés con los otros huéspedes, ALEMANES QUE HABLAN TODAS LAS LENGUAS, conversás con ellos lo justo, te dan indicaciones, recomendaciones, advertencias, consejos y demás, te hablan del poblado de indígenas llamado Turbaco y del volcán de cieno, del que ya has tenido noticia por Humboldt, y tan pronto ves la oportunidad, escapás. Querés explorar el Cerro de la Popa, que domina la ciudad al Este, como el guardián de su sueño, como el centinela de esta ciudad dormida, ¡AY, DUERME TANTO!, y hacia allá te encaminás, sin instrucciones, confiás en tu sentido de orientación, no es grande la ciudad y la entrada en el barco te ha permitido una panorámica bastante completa, vas dando trancadas, todavía no es tarde pero restan sólo un par de horas de sol y, así no te lo admitás, el espectáculo grotesco al que involuntariamente has asistido al mediodía te ha atemorizado un poco, así sea sólo un poco, y no quisieras hacer el camino de vuelta en la oscuridad de la noche. Así que caminás, Reclus, dando pasos largos, te abrís paso a través de los grupos de indios, mestizos y negros estacionados frente a las tiendas en honor de las fiestas, seguís a una recua de mulas de monturas vacías

y gualdrapas rojas, avanzás a doble marcha y en pocos minutos estás en la cima, por arriba de torres, murallas y terraplenes, lo observás todo y podés imaginar, a lo lejos, el día en que el comercio le haya devuelto el resplandor ilustre a la ciudad durmiente.

ES SEGURO QUE LA ANTIGUA REINA DE LAS INDIAS SE LEVANTARÁ DE SUS RUINAS PORQUE SU POSICIÓN GEOGRÁFICA ES ADMIRABLE.

Ya es de noche cuando entrás a la plaza mayor donde el edificio de la gobernación brilla iluminado. Sobre un estrado unos músicos, con una alegría feroz, hacen sonar diversos instrumentos, la plaza entera ha sido convertida en un vasto salón de danza y de juego, rebosante de seres que se mueven al ritmo de la música, en el aire el aroma del aguardiente lo impregna todo, los cuerpos pasan alrededor tuyo y te tropiezan, algunos ríen, otros se insultan, más allá cantan, y mirás a tu alrededor y no podés ver otra cosa que las caras sudorosas de los fiesteros, y te comienza a faltar el aire, Reclus, no sabés en qué momento te metiste tan adentro de esa horda y por más que quisieras salir de allí no sabrías cómo hacerlo, te rodea un tumulto humano, das un brinco para inhalar por encima de las cabezas, con la intención de respirar algo que no sea esa cálida y húmeda emanación que no soportás. Aguantás la respiración y ves pasar, bajo las luces titilantes, ESOS CUERPOS JADEANTES Y ECHADOS HACIA ATRÁS, ESAS FIGURAS NEGRAS, AMARILLAS O PINTORRETEADAS, TODAS SACUDIENDO SOBRE SUS FRENTE LOS DESORDENADOS CABELLOS, TODAS ANIMADAS CON MIRADAS CENTELLANTES Y FIJAS EN UNA DANZA ENDEMONIADA, UNA ALGAZARA INFERNAL, y sentís terror, un terror profundo y total que te transforma en una fuerza imbatible, y arrancás en una carrera imparabile, llevándote a tu paso al que se atraviere, y

corrés sin parar, corrés para despojarte de ese vaho caliente que se te ha adherido, corrés para no dejarte alcanzar por el efluvio etílico de la plaza y no te detenés hasta estar de pie sobre las murallas solitarias y entonces te sentás sobre la roca fría, agitado, observás fugazmente los reflejos sobre el agua y dejás que el peso de tu cabeza repose en tus manos, tus codos en las rodillas y tus pies firmes en el suelo.

Zamba Simonguama

Vos, Eliseo Reclus, tenés 25 años y has dejado a tu familia en Francia para venir a América a buscar el destino que te espera en la monumental Sierra Nevada de Santa Marta. Repasás los pormenores de tu viaje y te maravilla lo exento de contratiempos que ha estado, no has tenido ningún accidente, no has perdido ninguna de tus pertenencias, has tomado nota atenta de los lugares por los que has pasado, de las gentes que has visto, te has dado una primera impresión de este pueblo al que Bolívar dio la libertad y este conocimiento inicial, lo suponés, te ayudará para ir elaborando poco a poco los pormenores de tu empresa de explotación agrícola. Ya has partido de Barranquilla –penúltima escala antes de llegar a Santa Marta– donde pudiste observar de primera mano cómo el progreso transforma aquella ciudad a un ritmo vertiginoso, **PROGRESO QUE SÓLO PUEDE COMPARARSE A LOS DE UNA CIUDAD DE ESTADOS UNIDOS**. Te alegra el alma saber que el desarrollo no ha olvidado estas costas y que el abandono y la desidia que has encontrado en Cartagena y Sabanilla –donde pernoctaste en casa del señor Hasselbrinck, cónsul prusiano– no es regla general, y que el lejano gobierno bogotano está entendiendo que la prosperidad viene de la mano de una política de inmigración activa, que atrayendo parte de ese flujo migratorio,

que trae a los hijos de Europa hacia la América Meridional, entrará la civilización europea para hermanarse con el crisol cultural neogranadino y así convertir a esta nación en la potencia que, por pura lógica geográfica, está destinada a ser.

Estás sentado a la sombra de un manzanillo, a orillas de Caño Clarín, tratando de pensar en tu viaje, en tus proyectos, estás tratando de realizar el ejercicio que realizas diariamente, narrar mentalmente tu vida para tu hermano Elías, pero el entorno no te deja concentrar. Miras a los tres hombres que hacen siesta a tu lado, aquellos hombres que te conducen en un bongo hacia Pueblo Viejo. Duermen y los observas detenidamente, temeroso, te inquietan sus fisonomías, recelas la noche que tendrás que pasar con ellos, los miras con tanta intensidad que por un momento piensas que despertarán ante la insistencia de tu mirada. El patrón del bongo es un viejo negro DE CARA ARRUGADA, OJOS PEQUEÑOS E IRÓNICOS, BOCA CONTRAÍDA POR UNA FALSA SONRISA; DURANTE TODA LA MAÑANA NO HA DEJADO DE MIRARME CON AIRE TRIUNFANTE COMO UN AVE DE PRESA QUE TIENE ENTRE SUS GARRAS UN ABADEJO. Te preguntás el por qué de su mirada, quisieras tener certeza sobre el grado de peligrosidad de los tripulantes del bongo. El mayor de los remeros TIENE EL CUTIS DE COLOR AZUL GRIS, INDICANTE DE UNA MEZCLA CONFUSA DE DIVERSAS RAZAS; SU FRENTE Y SUS MEJILLAS ESTÁN MARCADAS CON GRANDES CICATRICES GUARNECIDAS DE BLANCO, PRODUCIDAS SIN DUDA, POR MACHETAZOS RECIBIDOS EN ALGUNAS RIÑAS. Te horroriza pensar en la manera cómo el acero entra en la carne dividiéndola sin esfuerzo, haciendo brotar desordenadamente la sangre. Cerrás los ojos, Reclus, respirás hondo y mirás al tercer hombre, un INDIO JOVEN DE TALLA PEQUEÑA Y RECHONCHA, DE PIERNAS

MUSCULOSAS, DE COLOR ROJO, DE CARA MOFLETUDA, PARECE MENOS TEMIBLE QUE LOS OTROS, PUES AUN EN LA MIRADA TIENE CIERTA EXPRESIÓN DE DULZURA. Y entonces fraguás tu estrategia: lo volverás amigo tuyo. La lucha de uno contra tres es desigual e injusta pero dos contra dos es otra cosa, dos contra dos podrías aceptar. Entonces te ponés de pie, te sentás a su lado y lo despertás con un par de palmaditas amistosas en el hombro. Él abre los ojos, ligeramente aturcido, busca el sol para saber qué hora es y, antes de que podás dirigirle la palabra, despierta a sus acompañantes y todos –incluyéndote por supuesto– van a subirse al bongo.

Vos te sentás atrás, cerca de él y en cuanto se separan de la orilla comenzás a hablarle. Inicialmente le preguntás dos o tres cosas, nada importante, información menuda sobre la zona por la que se mueven, él se sorprende de que le dirijás la palabra pero al tiempo, podés notarlo, se infla un poco, halagado de que lo hayás escogido a él como interlocutor y no a los otros dos. Te responde con voz firme lo preguntado. Lo interrogás sobre su vida, y sin pudor pero sin arrogancia ni amenaza, te dice que sufrió dos años de trabajos forzosos en el presidio de Cartagena. Ante esta información te echás para atrás, él calla. ¿Qué hiciste, Reclus? ¿Evaluaste mal tu hombre? ¿Hubiera sido mejor amistarle con alguno de los otros dos? Volteás a verlos y una sola mirada te indica que en tu situación no tenés derecho a hacerte el exquisito así que respirás hondo y retomás la conversación. Comenzás a DARLE NOTICIAS DE LOS EUROPEOS Y LOS YANQUIS, DE LAS GRANDES CIUDADES, DE LOS COCHES QUE MARCHAN SOLOS SOBRE LISTONES DE FIERRO, DE HILOS DE COBRE QUE CONVERSAN COMO LOS HOMBRES Y SE HACEN OÍR A CIEN LEGUAS DE DISTANCIA, notás cómo escucha con la boca abierta y respetuosa admiración, te sentís cómodo y decidís informarle sobre tus planes agrícolas en la Sierra.

Él, al escucharte nombrar la Sierra, deja de remar súbitamente y te dice emocionado que allí habita, que esa es su tierra, que su nombre es ZAMBA SIMONGUAMA –sí, Zamba Simonguama– y que cuando estés en Bonda –poblado en las estribaciones de la montaña–, serás su huésped. Con un abrazo sellás tu amistad y te felicitás por tu elección, sos buen fisonomista, Reclus. Los otros dos remeros te miran con rencor, como si al haberte amestado con Zamba les hubieras hecho un desplante a ellos. Pensás si hay algo que podás hacer para remediar la situación pero comprendés que cualquier intento de aproximación sería no sólo inútil sino que tampoco merece el esfuerzo. Ya has logrado tu cometido y esta noche podrás estar un poco más tranquilo –aunque quizá no lo suficiente para dormir a pierna suelta–, ya sabés que tendrás a alguien más de tu lado, alguien más que vigile tus baúles, y que te ayude a llegar en una sola pieza hasta Pueblo Viejo.

El camino a Gaira

Vos, Eliseo Reclus, de 25 años, ciudadano francés, autoproclamado anarquista desde hace 4 años –en un tiempo en que el anarquismo no se ha desligado todavía del seno del socialismo–, geógrafo por vocación y formación –has estudiado con Carl Ritter en Berlín–, ateo –en tránsito de perder los últimos despojos de la dogmática educación religiosa que recibiste de tu padre el pastor Jacques Reclus–, te despedís de Zamba con la promesa de ir a Bonda, te bajás del bongo y mirás a tu alrededor a las cabañas de Pueblo Viejo, es día de mercado, los pescadores gritan ofreciendo sus productos, superponiendo sus voces en una algarabía que no deja de tener cierta musicalidad, estás a sólo 40 kilómetros de Santa Marta y quisieras llegar cuanto antes. Para ir por mar te tocaría esperar algunos días y tu

impaciencia no te lo permitirá así que contratás un guía –Pablo Fonseca– y una mula, y te lanzás a recorrer la distancia que te separa de aquella ciudad que ya ves como tu primera sede en la Nueva Granada.

En compañía de Fonseca y la mula atravesás en quince minutos un bosque de árboles y llegás a la población de Pueblo Nuevo de la Ciénaga, villa de un verdor refrescante.

LAS CALLES, ANCHAS Y RECTAS, ESTÁN BASTANTE ANIMADAS; LAS CASAS BLANQUEADAS CON CAL ESTÁN CUBIERTAS CASI TODAS DE TEJAS; A TRAVÉS DE LAS PUERTAS ENTREABIERTAS DE LOS HUERTOS SE DISTINGUEN ARBUSTOS EN FLOR; POR TODAS PARTES HAY NUEVAS CONSTRUCCIONES, TESTIMONIOS DE SUS PROGRESOS MATERIALES.

Sonreís. Los pensamientos dulces que te inspira la vista de este atractivo poblado y la proximidad de la Sierra te acompañan mientras hacés lo siguiente, Reclus.

Reclus, hacés lo siguiente: atravesás un torrente cuyas fértiles riberas están plantadas de platanales, seguís la costa por un promontorio de arena formado por las olas, y, dejando a la derecha, en medio de árboles, el ingenio de vapor del genovés Andreys –único habitante extranjero de la Ciénaga– llegás a la orilla del río Toribio, UNO DE LOS TORRENTES MÁS IMPETUOSOS DE LA VERTIENTE OCCIDENTAL DE LA SIERRA NEVADA. Las ruinas de un puente que se llevó una inundación obstruyen aún el lecho del río y querés vadearlo atravesando los rápidos borbollones formados por la corriente en medio de las piedras pero Pablo te hace desistir de tal idea, arguyendo la presencia de temibles

cocodrilos. La mula, ya cargada con tus baúles, recibe entonces sobre su pobre lomo el peso de ustedes dos, y los conduce sin tropezar al escarpado ribazo de la otra orilla del Toribio.

Donde todo cambia, Eliseo, donde el paisaje es otro. Siguen caminando hacia el océano por un camino cada vez más árido hasta que a tu alrededor no hay más que cactus espinosos que no dan sombra. El sol perpendicular cae sobre tu cabeza como una plancha caliente, la respiración se hace cada vez más difícil, pues el aire que entra a tus pulmones parece querer colapsarlos en lugar de inflarlos, tus pies se entierran a cada paso en la arena ardiente y, como un niño, preguntás a Pablo a cada paso: ¿CUÁNDO LLEGAREMOS A GAIRA? “Pronto, ahora mismo”, te responde cada vez. Y así seguís avanzando lentamente, cada vez más lentamente, los dos caminando tras la mula como condenados a muerte, el calor ya no es algo que viene de afuera, te sentís como un horno, encendido en la barriga de otro horno más grande, y soñás que a cada vuelta del camino llegarás a un albergue rodeado de árboles frondosos a orillas de algún arroyo de agua fresca. El sudor cae de tu frente y te nubla la vista, todo parece borroso, difuso, y sin embargo alcanzás a observar cómo, sin mediar palabra y de un salto abrupto, Pablo se sube a la bestia, la espolea, y desaparece trocha abajo, dejándote solo en aquel infierno, sin más rastro que las huellas del animal para orientarte, y entonces te vence el desánimo y caés de rodillas en la arena y si no fuera porque en el piso la situación es todavía más intolerable, te quedarías allí, quizá, descansando, o durmiendo, o lanzando maldiciones al aire.

Pero la verdad, Reclus, es que te ponés de pie –no está en tu carácter rendirte con facilidad ni maldecir en vano– intentás limpiar el sudor que te opaca la visión y te concentrás en el suelo, en las huellas de la acémila, y seguís adelante, sin pensar, los pensamientos huyen de

vos como la felicidad se le escapa al condenado, y te sorprendés cuando al cabo de unos minutos el camino desemboca en una playa. La brisa marina entra a tus pulmones con fuerza y te asombra tu capacidad para inhalar tanto aire, revivís. Te sentís mejor, mucho mejor –aunque tu situación no ha cambiado mucho–, seguís las pisadas en la arena y cuando te das cuenta que te conducen de nuevo al interior la rabia y el desconsuelo se apoderan de vos. Arrancás a correr siguiendo aquellas marcas pero al cabo de un par de zancadas lo pensás mejor y regularizás tu marcha, estás ahora en una zona de llanos salinos y pantanos.

AVANZO CON TRABAJO A TRAVÉS DEL AGUA Y DE LAS ARENAS ABRASADORAS. UNA SED DEVORANTE ME ATORMENTA Y SIENTO LA LENGUA COMO ADHERIDA AL PALADAR; ME PARECE QUE MI CEREBRO ESTÁ EN EBULLICIÓN; TEMBLORES CONVULSIVOS RECORREN TODO MI CUERPO, TENGO LA PIEL SECA, LOS PUÑOS CERRADOS Y AGARROTADOS Y LOS OJOS FIJOS; POR MOMENTOS EXPERIMENTO FRÍO, Y TEMO POR INSTANTES QUE EL SOL ME DERRIBE CON UN ÚLTIMO RAYO.

ELISEO. Vine a trabajar.

RSM. ¿Sí?

ELISEO. Sí, vine a trabajar.

RSM. Por un mañana mejor.

ELISEO. Por un mañana mejor.

RSM. ¿Para ti?

ELISEO. Y para todos.

RSM. ¿Todos siendo quiénes?

ELISEO. Tú, yo, mi hermano Elías, todos.

RSM. ¿Sabes quién soy?

ELISEO. Eres la República Socialista Mundial.

RSM. Sí.

ELISEO. Eres el futuro.

RSM. No.

ELISEO. Sí lo eres.

RSM. No, no lo soy.

No sabés cómo ni dónde has llegado pero permanecerás más de una hora tendido en una estera, aturdido, tonto, viendo danzar objetos de formas extravagantes delante tuyo pero sentirás, como en un sueño, que una mano femenil te acaricia con dulzura. Cuando volvés de tu aturdimiento, una muchacha indígena está delante de vos y te presenta un cuenco lleno de una bebida fortificante.

QUÉ JOVEN MÁS BELLA; SUS NEGROS OJOS BRILLAN CON TIERNA PIEDAD; SU ENCENDIDO ROSTRO, RODEADO DE LARGOS CABELLOS FLOTANTES, ME PARECE QUE ESTÁ RESPLANDECIENTE DE LUZ; CREO QUE TENGO DELANTE UN GENIO BIENHECHOR; y hasta pensás si no harías bien en terminar tu aventura y construir una cabaña aquí, a orillas del riachuelo de Gaira. ¿DEBE RECORRERSE EL MUNDO COMO UN INSENSATO, CUANDO PUEDE ENCONTRARSE LA DICHA EN UNA CHOZA DE RAMAS, A LA SOMBRA DE UNA PALMERA?

Resistís, sin embargo, a tu voz interior, a la voz que te invita a quedarte, llamás al guía –a Pablo Fonseca quien te ha gastado la broma de irse adelante en la mula abandonándote temporalmente– y lo seguís á través de la selva. Una hora después llegás a Santa Marta.

EN EL MOMENTO EN QUE UN CAÑONAZO ANUNCIA LA ENTRADA DE UN BUQUE EN EL PUERTO.

Santa Marta finalmente

Vos, Eliseo Reclus, todavía tenés 25 años cuando pisás Santa Marta por primera vez, ¿y sabés qué? Pensás que has llegado al paraíso. De verdad, Reclus, pensás que has llegado a una especie de jardín del edén. Allí surge el primer inconveniente serio en tus planes de fundar una colonia agrícola, ahí aparece el primer contratiempo en la prisa que llevás por subir a la sierra (para armar una comunidad modelo de producción, de cohabitación y de gobierno). Este primer contratiempo se debe a la voluptuosidad del trópico, al deleite de la naturaleza tropical. Llegás e inmediatamente el afán por construir algo tuyo, algo significativo, algo que sea tu primer proyecto de vida, algo que contribuya a llevar el mundo más cerca de la hermandad universal de hombres libres que anhelas, se comienza a erosionar por la dulzura y la facilidad de la vida entre los samarios, por la bondad de los amaneceres bajo el sol del Caribe, rociados de una brisa de aromas frutales, por el placer decisivo de aquello que llamás el *far niente*, el hacer nada, el ocio ni siquiera contemplativo, el dejar que la vida siga su marcha sobre nuestro ser sin oponer resistencia.

¿CÓMO SE PUEDE VITUPERAR A ESAS POBLACIONES QUE SE ABANDONAN AL GOZO FÍSICO DE VIVIR CUANDO TODO LAS INVITA A ELLO? EL HAMBRE Y EL FRÍO NO LAS ATORMENTAN JAMÁS; LA PERSPECTIVA DE LA MISERIA NO SE PRESENTA ANTE SU ESPÍRITU; LA IMPLACABLE INDUSTRIA NO LAS ESPOLEA CON SU AGUIJÓN DE BRONCE. AQUELLOS CUYAS NECESIDADES TODAS SON SATISFECHAS INMEDIATAMENTE POR LA BENÉFICA NATURALEZA EVITAN CONTRARIARLA CON EL TRABAJO Y GOZAN PEREZOSAMENTE DE SUS BENEFICIOS; SON AÚN LOS HIJOS DE LA TIERRA, Y SU VIDA SE PASA EN PAZ COMO LA DE LOS GRANDES ÁRBOLES Y LA DE LAS FLORES.

Te digo una cosa, Reclus: escribirás un libro sobre tu experiencia en la Nueva Granada, dentro de unos años, dentro de cinco años exactamente, para eso tomás notas ahora. Y estas palabras que venís de decir están escritas allí, en ese libro, y con ellas ironizás al mismo tiempo que justificás la actitud perezosa de los samarios (pero también la tuya propia pues aquí, en Santa Marta, desplazás tus planes de colonización de la montaña del primer lugar de tus prioridades, los abandonás temporalmente y te dedicás a disfrutar sin prisa de todo aquello que te traigan las circunstancias); y así el capítulo de tu arribo a esta ciudad se convierte en un capítulo definitivo porque el joven industrial, soñador, activo y diligente que ha narrado tus pasos hasta aquí, se tropieza con una versión bastante más relajada de sí mismo. Una versión de vos, Reclus, que, antes de caer en el marasmo de la inactividad tropical, logra descubrir a la pereza como rasgo predominante de la sociedad del lugar, y entonces la describís con cierto énfasis. Tu traductor al castellano, colombiano contemporáneo tuyo, Gregorio Obregón, se indigna, quizá porque considera tu descripción

equivocada, quizá porque se siente herido en su amor patrio, y en cualquier caso refuta tus conclusiones diciendo: “No obstante el respeto que por su gran ilustración, sus vastos talentos y la imparcialidad de sus juicios, nos inspira el autor, nos tomaremos la libertad de aclarar unas veces y de rectificar otras, algunos conceptos formados indudablemente bajo las primeras impresiones o por informes erróneos o exagerados. No dudamos que él observara frecuentemente que los habitantes de Santa Marta estaban ociosos; pero esto dependía de la carencia de trabajo, pues generalmente los hijos de aquella ciudad no son perezosos, y de esto dan pruebas trasladándose a otros países de la República, y aun de los Estados Unidos y Europa, en busca de ocupación cuando tienen medios de hacerlo.”

¿Por qué esta aparente digresión del relato? Nuestra, quiero decir. No del traductor sino nuestra. ¿Por qué es importante, Eliseo, incluir esta nota sobre la pereza? Por lo siguiente: vos has venido a la Nueva Granada con un propósito claro, y tus convicciones de vida, que en tu cotidianidad se traducen en reglas claras obedecidas con el mismo celo religioso con que fuiste criado, sufren en Santa Marta su primer tropiezo. Vos, Reclus, has venido convencido de la necesidad de formar un estado social nuevo y pensás que esto sólo será posible en un lugar descontaminado de prácticas sociales corruptas, EN UN CONTINENTE VIRGEN. (Sí, Eliseo, aunque ya deberías saber que éste no es un continente virgen.) Esta colonia tuya estará situada en un rincón remoto y habrá de ser, en tus ojos, una punta de lanza para iniciativas similares en la región, el país y el mundo. Estás al tanto de experiencias similares en Norte América y en otros lugares de América del Sur, has leído los escritos de Fourier, el socialista utópico francés, y, sobre todo, sentís en vos una llama inextinguible que desea, a toda costa, quemar allí donde las ves a la inequidad, la injusticia y la tiranía. Por eso dejaste la plantación de algodón donde

trabajabas en Luisiana, porque no soportabas ganar más dinero por menos trabajo que los esclavos, ni podías ver el látigo que castigaba sus espaldas. Por eso no te detuviste ni siquiera 24 horas en Cartagena y Barranquilla, por prisa de llegar cuanto antes a planificar y poner en marcha tu proyecto. La prisa y la energía de tus 25 años te consumen y venís como una locomotora de progreso dispuesta a arrollar con cualquier escollo que surja a tu paso. Llegás dispuesto a cambiarlo todo pero tu aterrizaje aquí no cambia nada, y en lugar de eso el entorno te comienza a cambiar a vos, y te quedás en esta ciudad sin hacer mucho, disfrutando de sus alrededores más tiempo del necesario.

Al final de este viaje, cuando hayás regresado a tu patria natal, habrás cambiado tanto de opinión que repudiarás cualquier intento por establecer una colonia socialista en los extramuros de la civilización, creerás que es una idea necia ir a buscar la selva, el entorno aislado, para fundar una sociedad de hombres libres, nunca más como ahora creerás posible, necesario ni sensato buscar la marginalidad para vivir de acuerdo a las convicciones que nos dicta el espíritu. Pensarás en ello no como algo que lleva al futuro sino como algo que apunta al pasado, algo reminiscente de la creación de monasterios en la Edad Media.

Pero ahora has llegado a Santa Marta y lo primero que te ciega es la belleza del paisaje, lo primero es el impacto que este rincón del mundo le causa a tus sentidos.

¡CUÁN DULCE ES CONTEMPLAR ESE ADMIRABLE CUADRO! SE MIRA, SE MIRA SIN CESAR, Y NO SE SIENTEN PASAR LAS HORAS. SOBRE TODO EN LA TARDE, CUANDO EL BORDE INFERIOR DEL SOL EMPIEZA A SUMERGIRSE EN

EL MAR Y QUE EL AGUA TRANQUILA VIENE A SUSPIRAR AL PIE DE LA RIBERA, LOS OSCUROS VALLES DE LA SIERRA, LAS ROSADAS NUBES Y LAS LEJANAS CIMAS COMO SALPICADAS DE POLVO DE FUEGO, PRESENTAN UN ESPECTÁCULO TAN BELLO, QUE EL VIAJERO ABSORTO PARECE QUE NO TIENE VIDA SINO PARA VER Y ADMIRAR. LOS QUE HAN TENIDO LA DICHA DE CONTEMPLAR ESTE GRANDIOSO PAISAJE JAMÁS LO OLVIDAN.

El italiano Giustoni

Vos sos Eliseo Reclus, proyecto avanzado de geógrafo y de anarquista, tenés todavía 25 años, aunque ya no estamos en 1855 sino en 1856, llevás dos meses de estadía en la ciudad de Santa Marta, has hecho amigos, te has paseado por los alrededores, has ensayado subir a la Sierra Nevada pero te has dado cuenta que no es posible hacerlo desde aquí. (Al intentarlo, sin embargo, pasaste por Bonda donde te hospedaste con tu amigo Zamba Simonguama.) La única manera de subir a la montaña es viajar hasta Riohacha y preparar desde allá la expedición. No lo has hecho, sin embargo, porque cada día viene endulzado por un paseo desconocido y un descubrimiento nuevo, cada día llega con otro amanecer de aroma floral y cada noche trae consigo un baile nuevo. Te has rodeado de jóvenes lugareños, cultos e inteligentes que hablan al menos una lengua aparte del español, con ellos discutís sobre diversos temas, filosofía, geografía, botánica y, sobre todo, teoría política. Hablan no tanto sobre la necesidad del socialismo sino sobre su inevitabilidad, el progreso del ser humano demuestra con su historia que el desarrollo material y cultural duradero sólo puede surgir de una civilización fundada sobre la libertad, la igualdad y la

fraternidad. Y en este entorno, aquí en Santa Marta, tus ideas no son revolucionarias, más bien son atendidas como razonables, tus amigos comparten más o menos la misma inclinación política que vos y esto te estimula a pensar que la república socialista mundial no es una utopía ni es un capricho tuyo sino que es el destino inevitable del ser humano. Hacia allá fluye seguro el curso de la Historia. Tu amigo el joven agricultor italiano Andrés Giustoni, quien te enseña sobre los cultivos agrícolas en la zona tórrida, habla de la gran revolución y vos lo contradecís, pues para vos no habrá una única revolución sangrienta que derroque la injusticia, esto sería como esperar un milagro simple y definitivo, para vos lo que existirá será un proceso interrelacionado entre evolución y revolución, una serie de pequeños cambios violentos que irán transformando las sociedades humanas en estadios progresivamente superiores.

(Así pasan las horas, discutiendo sobre el futuro del mundo mientras la brisa del Caribe, con su mano cálida, les acaricia los rostros.)

Temprano esta mañana, Reclus, con el amanecer, saliste de la habitación que alquilás y como casi todos los días fuiste a las ruinas del Fuerte San Fernando, tu lugar preferido para meditar sobre la vida. Querías reflexionar sobre un negocio que te han propuesto, te han ofrecido un huerto encantador de una hectárea de extensión, ayer lo visitaste, el precio te parece más que justo (de hecho te parece un precio muy conveniente), lo único que te impide aceptar de inmediato son las cimas azuladas de la Sierra que te llaman a lo lejos, lo único que te impide desembolsar el dinero es tu proyecto agrícola en la montaña. Creés que entretenerte en una iniciativa de menor calado, aquí en Santa Marta, equivaldría a traicionar tu idea inicial. También te gustaría, antes de tomar una decisión, que tu mentor

en la agricultura tropical, Andrés Giustoni, visitara el terreno. A vos te parece que es un lote perfectamente conveniente para el cultivo pero la verdad es que sólo él podrá hacer una evaluación experta del mismo.

Así que esta mañana saliste de la casa –no fuiste inmediatamente donde el italiano pues sabés que se levanta tarde– bajaste a la playa, la costeaste hasta la desembocadura del río Manzanares, lo atravesaste y allí encontraste un obstáculo inusual, una pandilla de perros salvajes salió a tu encuentro. Pronto estuviste rodeado por los canes, amenazantes, y cuando el primero se lanzó hacia vos, con las fauces abiertas dispuestas a devorarte, Eliseo, tuviste la buena fortuna de encontrar un madero en la arena y, tomándolo con rapidez, le rompiste la quijada con un solo golpe seco.

FUE UN GOLPE DE TEATRO; LOS MASTINES SE DETUVIERON MOVIENDO LA COLA EN SEÑAL DE AFECTO, Y SE ECHARON A MIS PIES. EL PERRO DE LA QUIJADA COLGANTE Y ENSANGRENTADA, ME MIRABA CON UNA TERNURA MÁS SERVIL QUE LOS DEMÁS. ESTE CAMBIO REPENTINO EQUIVALIÓ PARA MÍ, LO CONFIESO, A LA LECTURA DE UN LARGO ARTÍCULO DE HISTORIA O DE FILOSOFÍA. ¡CUÁNTOS HOMBRES, CUÁNTOS PUEBLOS SE HAN DOBLEGADO ASÍ BAJO LA MANO QUE LOS GOLPEABA! ¡CUÁNTOS ESCLAVOS NO HAY EN AMÉRICA Y EN OTRAS PARTES, QUE GIMEN BAJO LA OPRESIÓN Y QUE SIN EMBARGO, AMAN COBARDEMENTE A SUS AMOS, Y CORRESPONDEN CADA ACTO DE TIRANÍA CON UN NUEVO ENVILECIMIENTO!

Ahora hacés el camino de vuelta, Eliseo, bajás del fuerte, con cuidado –las rocas pizarreñas de que se compone la colina son muy delicadas y al pisarlas ceden ante tu peso–, al llegar a la desembocadura del Manzanares buscás, en vano, la tropa de canes a la que te enfrentaste esta mañana; se habrán ido a otro lugar, pensás, quizá a buscar comida, quizá a importunar a alguien más. Marchás con paso firme, costeano la playa, vas decidido a decirle a Giustoni que comprarás el huerto que te ha sido ofrecido. Será para vos un proyecto piloto, allí podrás practicar el cultivo de diferentes productos para luego hacerlo a mayor escala en la Sierra, lo importante es aprender a sembrar de la mano de Giustoni, lo importante es comenzar sin más dilaciones a cultivar, el italiano será tu mayordomo en esta aventura. Sentís tu energía regresar, sentís que el letargo en el que te has sumergido estos dos meses llega a su fin, el antiguo Eliseo está de vuelta, el Eliseo emprendedor e impaciente, el Eliseo que no acepta una negativa y que se bate hasta el fin de sus fuerzas para alcanzar lo que considera conveniente, está de regreso. Silbás de pura alegría –silbás una tonada jubilosa que escuchabas a veces de boca de los esclavos en la plantación– silbás y apurás el paso pues querés levantar a Giustoni de una buena vez para que te acompañe a evaluar el terreno. Su puerta –si es que a aquello se le puede dar ese nombre– permanece siempre abierta así que franqueás el umbral y en un tono ligeramente impostado decís levantando la voz: ¡SIGNORE ANDREA GIUSTONI! Y entonces lo ves, tendido en su estera con el cráneo roto, entonces lo ves allí con su cabeza abierta a la mañana y todo cambia en un segundo, tu resolución se trunca, ¿qué le pasó a Giustoni?

EN UNA RIÑA QUE SE ORIGINÓ DESPUÉS DE HABER BEBIDO, UN COMPAÑERO DE BOTELLA LE ASESTÓ UN TERRIBLE BASTONAZO. ESTA AVENTURA, QUE ME REVELÓ CIERTOS HÁBITOS DE MI PROFESOR, RESFRIÓ

MI CELO, Y NO ENCONTRANDO QUIEN PUDIERA SERVIRME DE MAYORDOMO EN LUGAR DE ANDRÉS GIUSTONI, RESOLVÍ NO DIFERIR POR MÁS TIEMPO MI PARTIDA PARA LA CIUDAD DE RIOHACHA.

El círculo francés de Riohacha

Vos sos Eliseo Reclus, ciudadano francés de 26 años, habitante desde hace seis meses de la villa de Riohacha en la Nueva Granada, profesor de francés, inglés y alemán, miembro del círculo galo de la ciudad y de la colonia de extranjeros. Viniste a la Guajira buscando la Sierra Nevada y en su lugar encontraste a un grupo de réprobos de diferentes latitudes que te acogió con entusiasmo, como si hubiera llegado otro fracasado más, otro fugitivo del viejo continente, otro emigrado destinado a enterrarse en este villorrio lejano, y te pidieron noticias de la patria y escuchándote hablar se relamían los bigotes de contentos.

El ingeniero Antonio Rameau te recibió el primer día sentado en la puerta de su casa, en camisa y calzoncillos, en la mitad de un grupo de compatriotas –todos desplegando maneras parisinas que contrastaban vivamente con sus atuendos ligeros y poco protocolarios–, y te presentó a todos los miembros del círculo. Desde ese día, desde hace seis meses, te reunís con ellos todas las noches a beber algo de licor y a escucharlos añorar sin cesar su tierra natal.

EL FRANCÉS, SEPARADO DE LA PATRIA POR LAS INMENSAS OLAS DEL MAR, CREE QUE LA ÚNICA CAPITAL DE LA CIVILIZACIÓN ES PARÍS, QUE LA ÚNICA

VOZ DEL MUNDO ES LA QUE PARTE DE FRANCIA. EN TODO COMPATRIOTA, CUALQUIERA QUE SEA SU ORIGEN O SU PASADO, VE UN AMIGO, Y EL NOMBRE DE FRANCÉS LE HACE PERDONAR FALTAS Y CRÍMENES.

Y allí estás hoy, Reclus, al otro extremo de la ciudad, en casa de Rameau, como todas las noches, rodeado de esta camarilla de personajes comandados por Don Jaime Chastaing, tu futuro socio en la colonia agrícola de la Sierra Nevada de Santa Marta.

CARPINTERO EBANISTA POR ESTADO PERO RENTISTA POR NATURALEZA. UN VIEJO SECO Y APERGAMINADO, SIEMPRE CUBIERTO CON UN GORRO DE ALGODÓN QUE DELIBERADAMENTE LE CUBRE HASTA LAS OREJAS. HÁBIL OBRERO, DEJÓ FRANCIA POR INVITACIÓN DE UN CAPITÁN DE BUQUE QUE LE PINTÓ A RIOHACHA COMO EL DORADO; PEREZOSO MÁS ALLÁ DE TODA EXPRESIÓN, ESQUIVA TRABAJAR PARA ENRIQUECERSE Y POCO A POCO HA CAÍDO EN UNA MISERIA RELATIVA. ¡QUÉ AMARGURA CUANDO SE VE OBLIGADO A PERMANECER DOS O TRES DÍAS DELANTE DE SU BANCO PARA GANAR CON QUÉ HACER FRENTE A LAS NECESIDADES DE TODO UN MES!

Lo observás contrariar al Capitán Delarroke, joven náufrago contrabandista llegado hace apenas un mes. Observás a Chastaing, la manera como inclina un poco su ridículo gorro de algodón mientras tergiversa algún argumento sacado de un libro filosófico que le prestaste, observás cómo el brillo de sus ojos revive en aquellas pequeñas escaramuzas verbales. Ama llevar la contraria, es lo único fuera de la remembranza de su tierra natal que parece brindarle alegría. A su lado, gordo y lozano, el ingeniero Rameau –que en realidad no es

ingeniero sino herrador– bosteza y toma un sorbo de su copa. Llegó a Riohacha hace no pocos años, contratado por una sociedad neogranadina a través de un comerciante de El Havre, para construir un pozo. Rameau no sabía cómo hacerlo y en su intento por lograrlo arruinó todos los equipos, taladros y demás, y así mismo llevó a la quiebra a los empresarios que lo trajeron.

A PESAR DE HABERSE EVAPORADO SUS SUEÑOS DE GLORIA Y DE FORTUNA, RAMEAU NO SE DESALENTÓ; SE HIZO ARQUITECTO DE LA CATEDRAL DE RIOHACHA, VETERINARIO, HERRERO, ARMERO, CHALÁN, HOTELERO, REPARADOR DE ARCOS Y FLECHAS, FABRICANTE DE ESTRIBOS Y ESPUELAS PARA LOS INDIOS GUAJIROS.

El capitán Delarroke, aquel por quien sentís una antipatía moderada, alega furioso con Chastaing. Llegó hace muy poco, hace apenas un mes como ya he dicho, pero se ha sentido aquí en el círculo francés como en casa y dada su personalidad es el que más fuerte habla, el que más bebe y el que siempre está buscando camorra. A vos te parece un personaje egoísta y charlatán QUE GUSTA REFERIR CON CIERTA COMPLACENCIA SU VIDA DE LATROCINIO Y PIRATERÍA. INCLUSIVE SE VANAGLORIÓ UN DÍA CON UNA SONRISA DE SATISFACCIÓN, DE HABER SIDO MERCADER DE NEGROS Y DE HABER AYUDADO AL ASESINATO DE LA TRIPULACIÓN DE UN CRUCERO INGLÉS. FACINEROSO ENGREÍDO POR SUS PROEZAS, SE PARECE POR EL EGOÍSMO Y LA INCLINACIÓN AL MAL A UN *ROWDY* AMERICANO; PERO CUANDO ESTÁ SOBRIO, SU ESPÍRITU, SU INSTRUCCIÓN Y SUS MODALES SIRVEN DE PASAPORTE A SUS VICIOS.

Por último, allá en la sombra, desentendidos de la contienda verbal que presencian, están los hermanos Bernier, MULATOS DE JACMEL, DESTERRADOS A CONSECUENCIA DE UNA SUBLEVACIÓN CONTRA SOULOUQUE. SE DICEN FRANCESES COMO TODOS LOS HAITIANOS, Y CON EL OBJETO DE HACER CONSTAR PERFECTAMENTE BIEN SU ORIGEN, RECUERDAN FRECUENTEMENTE EL NOMBRE DE SU BISABUELO, FRANÇOIS BERNIER, EL CÉLEBRE MÉDICO DEL GRAN MOGOL AKHBAR.

Pero vos, Reclus, ¿qué hacés vos allí? ¿Qué diría Elías –tu hermano a quien querés hacer venir– si te viera allí entre aquellos infelices? Una cosa eran tus amigos de Santa Marta, jóvenes deseosos de formarse, de aprender, de comerciar, y otra cosa es este grupo de hombres arruinados que rememoran la patria sin cesar, que repiten siempre las mismas historias, que se engañan mutuamente exagerando líos de su pasado. ¿Qué hacés vos allí, Eliseo? Ves a Chastaing vociferando, pasándose el antebrazo derecho por la comisura de sus labios limpiando una baba casi seca, y entonces cerrás los ojos como si te hubieras dormido. Cerrás los ojos y entendés que estás perdiendo el tiempo, que no estás haciendo nada de provecho, que la República Socialista Mundial no va a llegar sola y que vos no estás siendo de ayuda, que ni siquiera estás siendo de provecho para tus alumnos, pues son inconstantes y perezosos, que estos seis meses se han pasado como un soplo que no has sentido, y entonces te da rabia. Te enfurecés con vos mismo, por haberte dejado llevar por las circunstancias, por no haber sido más enfático y consistente en tu deseo de colonizar la sierra, y abrís los ojos dispuesto a despedirte y marcharte pero entonces los ves a todos como a través de un par de binoculares al revés, los ves lejanos y pequeños, y entonces

pensás en vos, en tu soberbia, ¿qué te hace mejor que ellos? ¿Por qué sos tan duro en el juicio que les hacés? Así que respirás profundo, cerrás los ojos de nuevo y te removés un poco en el asiento, todavía faltan algunas horas para que acabe la velada.

La Sierra

Reclus, vos sabés quién sos: tenés 26 años, sos francés de nacimiento y riohachero por elección, llevás más de un año viviendo aquí en la Nueva Granada, has hecho amigos, llevás una vida relativamente cómoda, relativamente sorprendente para lo que se esperaba de vos (un destino quizá más central y menos periférico), no has olvidado tu proyecto en la Sierra pero la prisa que traías se ha moderado. Tu personalidad ha ido incorporando rasgos de tu nueva patria, tus convicciones políticas parecen intactas pero también han sufrido ligeras transformaciones, por eso hasta ahora no habías hecho un intento serio por comenzar tu empresa agrícola, por eso hasta ahora pasaste (o perdiste) diez meses de tu vida, en Riohacha, dando clases a alumnos pánfilos, hablando gansadas todas las noches en casa del ingeniero Rameau, paseando tu languidez por los alrededores de la ciudad, escribiendo a tu hermano Elías y a tu cuñada Noemí para que vengan a acompañarte en el Nuevo Mundo. Pero esa vida inofensiva no podía durar, Reclus, no podía durar mucho porque el pastor protestante, que muy a tu pesar llevás dentro, te llamó a la acción y al trabajo, te reclamó la indolencia, y entonces un día, sin más y con las energías renovadas por el arrepentimiento, le informaste a Chastaing de tu partida hacia la sierra para colonizarla. El viejo ebanista estalló de alegría, te pidió que le permitieras acompañarte, asociarse con vos.

Y TUVE LA DEBILIDAD DE CONVENIR. PENSÉ SENCILLAMENTE QUE HABÍA DESCUBIERTO AL FIN SU VOCACIÓN A LA AVANZADA EDAD DE SETENTA AÑOS Y QUE TODA SU ADORMECIDA ACTIVIDAD SE HABÍA DESPERTADO SERIAMENTE. TAMPOCO OLVIDÉ QUE IBA A VIVIR EN MEDIO DE LOS INDIOS ARUACOS, LEJOS DE TODA SOCIEDAD CIVILIZADA. ¡CON QUÉ DULZURA, PENSABA, NO RESONARÁ EN MIS OÍDOS LA LENGUA MATERNA, HABLADA POR UN COMPATRIOTA EN MEDIO DE ESA SOLEDAD!

Así que ahora estás en la Sierra, Reclus, al fin en la Sierra. Has llegado, en un viaje de avanzada junto a Luisito el hijo de Chastaing, al poblado de San Antonio en el valle de Caracasaca, has venido a seleccionar el terreno que habrás de transformar con tus propias manos, a buscar el lote que habrá de convertirse en polo de progreso para la región, en punta de lanza para la República Socialista Mundial. Estás ya en la Sierra y aunque has llegado indemne no ha sido fácil subir, no ha sido nada fácil llegar hasta aquí.

Así que te voy a contar, Reclus, el camino que recorriste: antes de partir tenías dos opciones, viajar con una caravana innumerable de mulas para llevar las provisiones de un mes o llevar una sola bestia cargada de mercaderías para cambiar por víveres con los indígenas. Por supuesto la opción fue la segunda. Te rehusaste, sin embargo, a llevar aguardiente, una de las mercaderías más compradas por los Aruacos, pues vas en un papel civilizador. Saliste con Luisito, dos perros y el pollino hacia la montaña. Anduvieron primero por la playa, bajo los acantilados, haciendo una especie de gimnasia fatigante pues subían hacia la pared cuando las olas venían y luego bajaban hacia el mar cuando las olas

descendían. Así transcurrieron seis largas horas. Tu compañero se acabó la provisión de agua que llevaban y comenzó a gemir penosamente. Con sus lamentos enturbiando tu espíritu siguieron, medio desfallecidos, hasta llegar a la ensenada de la Guásima donde encontraron un cocotero con dos cocos, su agua les devolvió el ánimo. De allí enfrentaron la laguna de Camarones.

NOS FUE PRECISO SUBIR HASTA EL INTERIOR DE LA LAGUNA Y PASAR A VADO UN BARRANCO DE ARRECIFES AMARILIENTOS QUE DIVISÁBAMOS VAGAMENTE DENTRO DEL AGUA. NUESTRO PASAJE FUE UN VERDADERO DESASTRE; EL ASNO SE ATOLLÓ, LOS FARDOS SE LARGARON FLOTANDO, Y NOSOTROS TUVIMOS QUE ARROJARNOS AL AGUA PARA DETENERLOS. EMPAPADOS, DESPEDAZADOS, CON LOS PIES HERIDOS POR LAS AGUDAS PUNTAS DE LOS ARRECIFES, LLEGAMOS AL FIN A LA OTRA ORILLA CON NUESTRO DESGRACIADO POLLINO Y NUESTROS DOS PERROS TAN ABATIDOS COMO NOSOTROS. LUISITO HABÍA PERDIDO SUS PISTOLAS Y YO EL CALZADO.

Llegaron finalmente al rancho Caricari donde pasaron la noche sin pegar ojo debido a los zancudos, mosquitos, pitos y demás insectos que hacían que dormir fuera algo imposible. Al otro día comenzaron la marcha temprano, doblaron Punta Tapias y una magnífica vista de la Sierra los reconfortó y acompañó un buen trayecto. Llegaron al Río Enea.

EL RÍO MÁS PELIGROSO DE TODA LA PROVINCIA, POR LA RAPIDEZ DE SU CORRIENTE Y SOBRE TODO POR LOS ANIMALES QUE LO PUEBLAN, COCODRILOS, TIBURONES Y RAYAS ELÉCTRICAS.

Lo cruzaste tres veces, una con la mula descargada, otra solo para recoger la carga, y la última de regreso con los pesados fardos con mercancías. A cada paso blandías tu machete en el agua, temeroso de los animales que acechaban. El Enea se abrió en dos bocas de 200 metros cada una y en ambas debiste hacer lo mismo. En todo caso lo lograron y, contentos y más tranquilos, cruzaron algunos minutos después un pequeño lago donde UNO DE NUESTROS DOS PERROS FUE REPENTINAMENTE ATRAPADO POR UN COCODRILO, DIO UN DÉBIL GRITO, Y DESAPARECIÓ EN EL AGUA CON SU RAPTOR. Luego más arroyos, pantanos, lagunas y sólo por la noche arribaron a Dibulla, poblado habitado por leprosos. Pasaron la noche en la Cabaña del Pantano ubicada junto a una cala llamada el 'Rincón del mosquito'. Así que de nuevo, la noche pasó en blanco. Al otro día, temprano, salieron para atravesar un pantano que parecía interminable. Al borde de las fuerzas lo lograron y subieron la ladera hasta el Rancho del Volador. Siguieron de largo sin detenerse pues querían evitar a toda costa la tormenta diaria que se desata en la Sierra por las tardes. Esa noche la pasaron un poco mejor en la Cabaña de Cuesta Basilio y al otro día emprendieron la última jornada –igual de fatigosa, igual de acontecida– hasta lograr la garganta de Caracasaca y el poblado indígena de San Antonio. Allí descansás ahora, allí estarás algunos días y allí cerca encontrarás tu terreno, el lugar de tu futura colonia agrícola.

UN PRADO DE UNAS CINCUENTA HECTÁREAS, SITUADO Á MEDIA LEGUA DE SAN ANTONIO, A ORILLAS DEL TORRENTE CHIRUÁ Y DETRÁS DE LA MONTAÑA NANÚ.

Fiebre

Vos sos Eliseo Reclús, sí, pero ¿acaso sos el mismo que llegó a la Nueva Granada hace casi dos años? Estás próximo a cumplir los 27 y, aunque no lo sepás todavía, no te queda mucho tiempo en este país. Llegaste con un objetivo que ha fracasado de manera rotunda, tu colonia agrícola se ha estrellado contra una naturaleza indómita, contra la estupidez de Chastaing y contra una enfermedad tropical que te tiene al borde de la muerte. Cuando pisaste esta costa colombiana traías la seguridad de poder construir aquí tu proyecto, te acompañaba la certeza de que este rincón del mundo –su virginidad– no opondría resistencia al cambio que portabas en tus brazos. Cuando llegaste traías una idea preconcebida de este lugar, no en particular sino en general, traías pensado que aquí no había nada y que todo estaba por hacer, que no habría que perder el tiempo derrumbando viejas estructuras y que tus músculos podrían dedicarse directamente a la construcción de nuevos modelos sociales y productivos. Pero entonces llegaste ¿y qué viste? ¿Qué viste, Reclus?

LAS EXPLANADAS Y REGIONES MONTAÑOSAS DE LA NUEVA GRANADA CONTIENEN MILLONES DE HECTÁREAS DE TERRENOS FAVORABLES AL CULTIVO Y DE FÁCIL COLONIZACIÓN; Y A PESAR DEL DESCALABRO QUE YO

SUFRÍ, CREO QUE LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA ES UNO DE LOS TERRITORIOS DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA QUE PRESENTA MÁS VENTAJAS PARA LA INMIGRACIÓN LATINA EMPRENDIDA EN GRANDE ESCALA, PORQUE, COMPLETAMENTE SEPARADA DE LOS ANDES Y DEL RESTO DE LA NUEVA GRANADA POR VALLES PROFUNDOS, POR LAGUNAS Y PANTANOS, PARECE FORMADA PARA CONTENER UNA POBLACIÓN DISTINTA, QUE ENCONTRARÁ EN TORNO SUYO TODOS LOS ELEMENTOS DE LA MÁS FLORECIENTE PROSPERIDAD: SALUBRIDAD DEL CLIMA FERTILIDAD DE LA TIERRA, Y FACILIDADES PARA EL COMERCIO.

Pero Reclus, ese es justamente el punto, ¿es que no viste nada? ¿De fácil colonización decís? Estás agonizante, muriendo lentamente a causa de uno de tantos virus tropicales y la topografía escabrosa que no has podido conquistar ¿te parece ahora una cantidad de “hectáreas de terrenos favorables al cultivo y de fácil colonización”? El primitivismo general al que te has visto enfrentado no es un terreno vacío sobre el cual construir un modelo social nuevo, Eliseo, sino una armazón compleja que es preciso desmontar antes de poder hacer otra cosa. Sos, Reclus, de un optimismo desmesurado con respecto al futuro de la Nueva Granada, de un optimismo que parece mentiroso. Tus elogios para esta tierra, para su gente, para el porvenir sin igual que les esperan, contrastan vivamente con lo que has vivido estos dos años, con la cadena de tropiezos y fracasos que te ha ido enlazando, con lo que has sentido y visto. Y allí estamos de vuelta a la pregunta, Eliseo, ¿qué fue lo que viste? ¿Sólo viste hacia adentro? ¿Es que no viste más que tu propio futuro brillante y lo confundiste con el porvenir de este país? ¿Es que ha sido más importante tu viaje interior que la travesía física realizada? ¿Es que tu fe irreductible en el progreso, en el

desarrollo, en la República Socialista Mundial, te impide tomar la realidad por lo que es?
¿Es que tu confianza incondicional en el futuro te impide juzgar correctamente el presente?
¿O es que la valoración acertada del presente no disuade tu convicción de que el mañana
llegará coronado por la hermandad universal?

Sea lo que sea, Reclus, te voy a decir donde estás ahora. Estás tendido en el suelo de una choza en Dibulla, incendiado por una fiebre que retrocede sólo para regresar con mayor ímpetu, las comadres del lugar apuestan sobre el día en que serás llevado al cementerio, mañana, pasado mañana, la semana entrante, nadie cree que te salvarás de ésta. Vos tampoco lo tenés muy claro. Desvariás. Tu conciencia entra y sale de tu cuerpo como preparándose para el tránsito hacia el más allá o como alistándose para su desaparición definitiva. Pensás en tu hermano Elías, en tu querido hermano Elías, se te escapa alguna lágrima furtiva.

ELISEO. Soy Eliseo, tu hermano dilecto, Elías, soy Eliseo y te escribo esta carta desde la calma de este valle florido en el cual yazgo para informarte que ya puedo ver nuestra plantación: se extiende hasta donde llega la vista. Allí está la parte baja, una extensa sabana en la que se esparcen a su antojo bosquecillos de tuliperos –liriodendron–, algunas palmeras y manojos de juncos gigantescos. Más arriba, ¿las ves?, se extienden innumerables terrazas donde se elevan orgullosas las cañas de azúcar. Más allá está el café intercalado con las palmas del plátano –musa paradisiaca–, y entre los plantíos surgen graciosas las cabañas de nuestros asociados. Esta Sierra, nuestra Sierra, la Sierra Nevada de Santa Marta, hermano entrañable, se abre con un porvenir dorado, guiada por nuestra colonia agrícola, cabalgando en la vanguardia de esta nación que habrá de contarse entre

los imperios más poderosos del orbe, navegando a la avanzada de la Nueva Granada y marcando el derrotero de su gloria futura.

Te escribo, Elías, para decirte que soy yo Eliseo quien te escribe, y si esta redundancia rechina en tus oídos déjame decirte que esta mañana un lagarto enorme, una iguana, pesaba en mi pecho acalorado y me oprimía el tórax, y al abrir los ojos pensé que el animal sería producto de mi delirio febril pero entonces llegó a esta enramada improvisada –todo es improvisado en esta tierra que espera ansiosa el arribo de tu sabiduría– el cacique Pandeche –a quien habrás de conocer pronto (¡cómo te extraño, cómo quisiera que estuvieras aquí!)– y de un golpe me liberó de su peso (del peso de la iguana). Quiero decir que mi salud no está del todo bien, Elías, pero mis quebrantos son nada en comparación con el sufrimiento de los desposeídos del mundo que aún son tantos, así que piensa en su bienestar y no en el mío. Piensa en ellos y haz de la extinción de su desdicha el faro que guía tus pasos. Besa en la frente a nuestra madre y al pastor, nuestro padre, y dile a Noemí que no tema, que los animales de las trochas de esta Sierra no son tan peligrosos como las bestias que acechan las noches de la *Rue de Rivoli*. Se despide de ti con amor, tu hermano en la fe socialista, Eliseo. (*La República Socialista Mundial guarda la carta.*) Dile a Elías que estoy bien, que nada de lo que has visto en esta ramada de mierda amenaza mi salud ni será obstáculo para nuestra empresa. ¿Me oyes?

RSM. Mientes.

ELISEO. No miento, veo a futuro. No lo olvides, amiga ángel que guía mis pasos, no miento, veo a futuro. ¡Nuestro futuro! ¡El futuro mundial!

Eliseo Reclus

EN 1855, UN PROYECTO DE EXPLOTACIÓN AGRÍCOLA Y EL AMOR A LOS VIAJES, ME LLEVARON A LA NUEVA GRANADA. DESPUÉS DE UNA PERMANENCIA DE DOS AÑOS, VOLVÍ SIN HABER REALIZADO MIS PLANES DE COLONIZACIÓN Y DE EXPLORACIÓN GEOGRÁFICA; SIN EMBARGO, Y A PESAR DEL MAL RESULTADO, NUNCA ME FELICITARÉ LO BASTANTE POR HABER RECORRIDO ESE ADMIRABLE PAÍS, UNO DE LOS MENOS CONOCIDOS DE LA AMÉRICA DEL SUR, ESE CONTINENTE ASÍ MISMO POCO CONOCIDO.

HOY EL HOMBRE PASEA SU NIVEL POR LOS LLANOS Y LAS MONTAÑAS DE LA VIEJA EUROPA; SE CREE DE TALLA SUFICIENTE PARA LUCHAR CON VENTAJA CONTRA LA NATURALEZA Y QUIERE TRASFORMARLA A SU IMAGEN REGULANDO LAS FUERZAS IMPETUOSAS DE LA TIERRA; PERO NO COMPRENDE ESA NATURALEZA QUE TRATA DE DOMAR; LA VULGARIZA, LA AFEA, Y SE PUEDEN VIAJAR CENTENARES DE LEGUAS SIN VER OTRA COSA QUE PORCIONES DE TERRENOS CORTADOS A ÁNGULOS RECTOS Y ÁRBOLES MARTIRIZADOS POR EL FIERRO. ASÍ, ¡QUÉ GOZO PARA EL EUROPEO CUANDO PUEDE ADMIRAR UNA TIERRA JOVEN AÚN Y PODEROSAMENTE FECUNDADA POR LAS ARDIENTES CARICIAS DEL SOL! YO HE VISTO EN ACCIÓN AL ANTIGUO CAOS EN LOS PANTANOS EN QUE PULULA SORDAMENTE TODA UNA VIDA INFERIOR. AL TRAVÉS DE INMENSAS SELVAS QUE CUBREN CON SU SOMBRA TERRITORIOS MÁS EXTENSOS QUE NUESTROS REINOS DE EUROPA, HE PENETRADO HASTA ESAS MONTAÑAS QUE SE ELEVAN COMO ENORMES CIUDADELAS MÁS ALLÁ DEL ETERNO

ESTÍO, Y CUYAS ALMENAS DE HIELO SE SUMERGEN EN UNA ATMÓSFERA POLAR. Y SIN EMBARGO EN NATURALEZA TAN MAGNIFICA, EN DONDE SE VE COMO UN RESUMEN DE LOS ESPLENDORES DE TODAS LAS ZONAS, ME HA IMPRESIONADO MENOS QUE EL PUEBLO QUE SE FORMA EN ESAS SOLEDADES. ESE PUEBLO ESTÁ COMPUESTO DE GRUPOS AÚN AISLADOS, QUE SE COMUNICAN CON GRAN TRABAJO A TRAVÉS DE PANTANOS, SELVAS Y CADENAS DE MONTAÑAS; SU ESTADO SOCIAL ES AÚN MUY IMPERFECTO; SUS ELEMENTOS ESPARCIDOS ESTÁN EN LA PRIMERA EFERVESCENCIA DE LA JUVENTUD, PERO ESTÁ DOTADO DE TODAS LAS FUERZAS VITALES QUE PRODUCEN EL ÉXITO, PORQUE ÉL HA REUNIDO COMO EN UN HAZ LAS CUALIDADES DISTINTIVAS DE LAS TRES RAZAS; DESCENDIENDO A LA VEZ DE LOS BLANCOS DE EUROPA, DE LOS NEGROS DE ÁFRICA, DE LOS INDIOS DE AMÉRICA, ES MÁS QUE LOS OTROS PUEBLOS, EL REPRESENTANTE DE LA HUMANIDAD, QUE SE HA RECONCILIADO EN ÉL. CON GOZO, PUES, ME VUELVO HACIA ESE PUEBLO NACIENTE: ESPERO EN ÉL EN SUS PROGRESOS, EN SU PROSPERIDAD FUTURA, EN SU INFLUENCIA FELIZ EN LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO. LA REPÚBLICA GRANADINA Y SUS REPÚBLICAS HERMANAS SON AÚN DÉBILES Y POBRES, PERO ELLAS SE CONTARÁN INDUDABLEMENTE ENTRE LOS IMPERIOS MÁS PODEROSOS DEL MUNDO, Y LOS QUE HABLAN CON DESPRECIO DE LA AMÉRICA LATINA, Y NO VEN EN ELLA SINO LA PRESA DE LOS INVASORES ANGLOSAJONES, NO ENCONTRARÁN ALGÚN DÍA LA SUFICIENTE ELOCUENCIA PARA CANTAR SU GLORIA. LOS ADULADORES SE VOLVERÁN EN TROPEL HACIA EL SOL

NACIENTE; SÉAME PERMITIDO ANTICIPÁRMELES CELEBRANDO LOS PRIMEROS RESPLANDORES DEL ALBA.

¿Y QUÉ PAPEL ESTÁ RESERVADO A LA NUEVA GRANADA EN LA HISTORIA FUTURA DEL CONTINENTE? SI LAS NACIONES SE ASEMEJAN SIEMPRE A LA NATURALEZA QUE LAS ALIMENTA, ¿QUÉ NO DEBEMOS ESPERAR DE ESE PAÍS EN QUE LOS OCÉANOS SE APROXIMAN, EN QUE SE ENCUENTRAN TODOS LOS CLIMAS UNOS SOBREPUESTOS A OTROS, EN QUE CRECEN TODOS LOS PRODUCTOS, EN QUE CINCO CADENAS DE MONTAÑAS RAMIFICADAS COMO UN ABANICO FORMAN TAN MARAVILLOSA VARIEDAD DE SITIOS?

NO LO OCULTARÉ: AMO A LA NUEVA GRANADA CON EL MISMO FERVOR QUE A MI PATRIA NATAL, Y ME CONSIDERARÉ FELIZ SI HAGO CONOCER DE ALGUNOS A ESE PAÍS ADMIRABLE Y LLENO DE PORVENIR. SI YO LOGRARA HACER DIRIGIR HACIA ESTE PAÍS UNA PEQUEÑA PARTE DE LA CORRIENTE DE EMIGRACIÓN QUE ARRASTRA A LOS EUROPEOS, MI DICHA SERÍA COMPLETA. ES TIEMPO YA DE QUE EL EQUILIBRIO SE ESTABLEZCA EN LAS POBLACIONES DEL GLOBO Y QUE "EL DORADO" DEJE EN FIN DE SER UNA SOLEDAD.

ELISÉE RECLUS ENERO 14 DE 1861

Carlos Enrique Lozano G.

París - San Salvador 2008